

hacer otra vez fuego; y al verlos los granaderos de caballería de la guardia, se lanzaron á su vez conducidos por el general Lepic, que era uno de los héroes del ejército, para secundar los esfuerzos de Murat. Parten al galope, dan sobre los grupos de infantería que ven en pie, y recorriendo el terreno en todas direcciones, completan la destrucción del centro del ejército ruso, cuyos restos acaban de dispersarse por entre los bosquillos que les sirvieron de asilo.

Durante esta escena de confusión, un trozo destacado de aquella vasta línea de infantería, avanzó hasta el mismo cementerio. Tres ó cuatro mil granaderos rusos, marchando en línea recta á su frente, con ese coraje ciego de un ejército más valiente que consumado en la guerra, se estrellan contra la iglesia de Eylau, amenazando asaltar el cementerio ocupado por el estado mayor imperial. La guardia de infantería, inmóvil hasta entonces, había sufrido el cañoneo sin disparar un solo tiro, y veía ahora con júbilo llegar la ocasión de tomar parte en el combate. Mandábase preparar un solo batallón, y se disputan dos el honor de entrar en la refriega. Ordenado el primero, conducido por el general Dorsenne, tócale la suerte de medir sus fuerzas con los granaderos rusos, cierra con ellos á la bayoneta, sin quemar un solo cartucho, y los repele unos contra otros, á tiempo que Murat, advertido de aquel combate, lanza sobre ellos dos regimientos de cazadores con el general Bruyere. Los malhadados granaderos rusos, cogidos entre las bayonetas de los granaderos de la guardia y los sables de nuestros cazadores, mueren ó quedan prisioneros casi todos á presencia de Napoleón, y casi á sus pies.

Este combate de caballería, el más extraordinario quizá que hubo en nuestras grandes campañas, produjo el resultado de derribar el centro de los rusos y de rechazarlo á gran distancia. Para concluir la derrota de una tropa como aquella, que después de derribada en tierra volvía á levantarse para romper nuevamente el fuego, hubiera sido preciso tener una numerosa reserva de infantería; pero no se atrevía Napoleón á disponer del cuerpo del mariscal Soult, reducido ya á la mitad de su fuerza efectiva, y necesario para la defensa de Eylau. El cuerpo de Augereau estaba casi destruído; sólo quedaban de reserva los seis batallones de la guardia de infantería, y parecía indispensable economizar este precioso recurso al ver las contingencias tan varias de una jornada como aquella, tan distante aún de su fin. El mariscal Ney marchaba por la izquierda hacia muchos días flanco á flanco con los prusianos, y podía adelantarlos ó quedar atrás, de modo que, con ocho ó diez mil hombres que llegaran de improviso al campo de batalla, podía adquirir uno de los dos ejércitos un refuerzo casi decisivo. Por la derecha, el mariscal Davout tenía empeñado con la izquierda de los rusos un encarnizado combate, cuyo resultado era aún desconocido.

Inmóvil Napoleón en el cementerio, donde se habían amontonado los cadáveres de muchos oficiales suyos, más grave que de costumbre, pero dominándose hasta en la expresión de su semblante, con su guardia á la espalda y á su frente los cazadores, los dragones y los coraceros, nuevamente ordenados y dispuestos á renovar la pelea, estaba esperando el giro de los aconte-

cimientos antes de tomar una determinación definitiva. Nunca habían asistido á una acción más reñida ni él ni sus soldados.

Pero aún no había llegado el tiempo de los reveses, y todavía la fortuna, momentáneamente rigurosa con este hombre extraordinario, le trataba como hijo predilecto. El general Saint-Hilaire con su división y el mariscal Davout con su cuerpo, estaban justificando la ciega confianza que Napoleón tenía en ellos; la división de Saint-Hilaire, recibida lo mismo que el cuerpo de Augereau, y al mismo tiempo que éste, con un espantoso fuego de metralla y de fusilería, había sufrido pérdidas terribles. Cegada también por la nieve, no había advertido que una masa de caballería se precipitaba sobre ella á galope, y un batallón del 10.º ligero, acometido sin tener tiempo para formarse, fué pisoteado por los caballos. La división de Morand, que quedó descubierta á la extremidad izquierda de Davout por el suceso ocurrido al batallón del 10.º ligero, fué repelida á la espalda doscientos ó trescientos pasos; pero entre Davout y Morand la hicieron avanzar de nuevo. Entretanto, el general Friant sostenía en Klein-Saugarten un combate heroico y, reforzado por la división de Gudín, ocupaba definitivamente esta posición avanzada sobre el flanco de los rusos. Hasta llegó á amenazar con sus destacamentos el pueblo de Kuschitten, situado á su espalda. Parecía llegado el momento en que, acabando casi la jornada y medio destruído el ejército ruso, iba á terminar la batalla á favor nuestro.

Pero los temores de Napoleón se realizaron, porque el general Lestocq, perseguido sin descanso por el mariscal Ney, asomó en aquel campo de carnicería con siete ú ocho mil prusianos, ansioso de vengarse del desprecio de los rusos. Se había adelantado al cuerpo del mariscal Ney una ó dos horas á lo sumo, que venía á ser el tiempo preciso para descargar su golpe antes de recibir el desquite. Desembocó en el campo de batalla por Schmoditten, se situó detrás de la doble línea de los rusos, rota ya por el fuego de nuestros cañones y por los sablazos de nuestros jinetes, y se presentó en Kuschitten, enfrente de la división de Friant, que, atravesando por Klein-Saugarten, había ya repelido la izquierda del enemigo sobre su centro. El pueblo de Kuschitten estaba ocupado por cuatro compañías del 108 y por el 51, que había sido destacado de la división de Morand para enviar á la de Friant tropas de refresco. Reuniéndose los prusianos con los rusos, caen impetuosamente sobre el 51 y las cuatro compañías del 108, y, sin lograr desunirlas, las repelen muy á la espalda de Kuschitten. Obtenida esta primera ventaja, avanzan los prusianos hasta el otro lado del pueblo para recobrar las posiciones de por la mañana; marchan desplegados en dos líneas llevando, en sus alas, en dos columnas cerradas, las reservas rusas otra vez reunidas; precédeles una numerosa artillería, y en este orden avanzan, atravesando por la espalda el campo de batalla para recobrar el terreno perdido y repeler al mariscal Davout hacia Klein-Saugarten, y de aquí á Serpallen. Pero acudieron los generales Friant y Gudín con el mariscal Davout á su frente. La división de Friant entera, y los regimientos 12, 21 y 25, pertenecientes á la división de Gudín, se sitúan en la vanguardia, defendidos por toda la artillería del tercer cuerpo; los rusos

y los prusianos intentan vanamente derribar este formidable muro; los franceses, apoyados ya en los bosques, ya en los pantanos y en las lomas, por unas partes desplegados en línea, por otras dispersos en guerrillas, oponen una entereza invencible al postrer esfuerzo de los coligados. El mariscal Davout, recorriendo las filas hasta concluir el día, contenía á sus soldados gritándoles: «Los cobardes irán á morir á la Siberia; los valientes morirán aquí como hombres de honor.»—Los prusianos y los rusos reunidos suspenden el ataque un momento, sin haber podido recobrar el terreno perdido por su flanco izquierdo, y el cuerpo del mariscal Davout permanece clavado en la posición de Klein-Saugarten, amenazando por la espalda al enemigo.

Los dos ejércitos estaban rendidos, el día se iba haciendo cada vez más sombrío, y anunciaba concluir con una noche espantosa. La carnicería era horrible: cubrían el terreno cerca de treinta mil rusos, derribados por los proyectiles y los sables de los franceses, muertos los unos, y los otros más ó menos gravemente heridos. Muchos de sus soldados empezaban á desbandarse (1), y el general Benningsen deliberaba con su lugarteniente sobre si convendría volver á tomar la ofensiva é intentar un nuevo esfuerzo. Pero de un ejército de ochenta mil hombres, sólo le quedaban cuarenta mil en estado de combatir, comprendidos los prusianos. Si sucumbía en un combate á la desesperada, no le quedaba con qué cubrir la retirada; no obstante, estaba aún perplejo, cuando fueron á anunciarle otro incidente de mucha gravedad: era que el mariscal Ney, que había seguido de cerca á los prusianos, llegando aquella noche al paraje ocupado por nuestra ala izquierda, lo mismo que el mariscal Davout había llegado por la mañana á reforzar nuestra derecha, asomaba ya en la dirección de Althof.

Así, pues, las combinaciones de Napoleón, aunque se habían demorado por causa del tiempo, no por eso habían dejado de oponer á los dos flancos del ejército ruso las fuerzas que debían decidir la victoria. La orden de retirada no podía ya tardar mucho con semejante circunstancia, porque, habiendo permanecido en Klein-Saugarten el mariscal Davout, no tenía mucho que andar para reunirse con el mariscal Ney, que había avanzado hasta Schmoditten, y la reunión de estos dos mariscales hubiera expuesto á los rusos á ser envueltos. Dió, pues, sin perder tiempo el general Benningsen la orden de retirarse; sin embargo, para asegurar esta operación resolvió contener en sus progresos al mariscal Ney y procurar desalojarle de Schmoditten. Avanzaron los rusos sobre este pueblo al amparo de la noche, y con gran silencio para sorprender á las tropas del mariscal Ney que habían llegado tarde á aquel campo de batalla, donde era difícil reconocerse; pero estaban prevenidas; el general Marchand, con el 6.º ligero y el 39 de línea, dejó á los rusos acercarse y, haciéndoles luego una descarga á quemarropa, los obligó á detenerse; cerró después con ellos á la bayoneta y les hizo renunciar á todo ataque formal. Desde entonces emprendieron definitivamente su retirada.

Napoleón, que por la dirección de los fuegos del mariscal Davout y del mariscal Ney discernía el verdadero

estado de la pelea, se reconocía ya dueño del campo de batalla, pero sin embargo no estaba seguro de no tener que dar un segundo combate á la noche ó al siguiente día. Ocupaba él la llanura ligeramente inclinada que se extendía hasta el otro lado de Eylau teniendo su caballería y su guardia enfrente y en el centro, á la izquierda, pasado el pueblo, las dos divisiones de Legrand y de Leval del cuerpo del mariscal Soult, y á la derecha la división de Saint-Hilaire, que se juntaba con el cuerpo del mariscal Davout, llevado al otro lado de Klein-Saugarten, describiendo de este modo el ejército francés una línea oblicua en el terreno que habían poseído los rusos por la mañana. Mucho más allá y sobre la izquierda, el mariscal Ney, aislado, estaba situado á espaldas de la posición que el enemigo abandonaba precipitadamente.

Napoleón, seguro de la victoria, pero triste en lo íntimo de su corazón, permaneció en medio de sus tropas mandando que se encendiesen hogueras y que no se abandonasen las filas ni aun para ir á buscar víveres. Se distribuyó á los soldados un poco de pan y de aguardiente, y aunque no hubo bastante para todos, no se les oyó la menor queja.

Aunque menos contentos que en Austerlitz ó en Jena, estaban sin embargo llenos de confianza, orgullosos de sí mismos, dispuestos á renovar la tremenda lucha pasada, caso de que los rusos pudieran y se atrevieran á hacerlo. Cualquiera que en aquel momento les hubiera dado el pan y el aguardiente que necesitaban, los hubiera hallado tan contentos como de costumbre. Ausentáronse de su compañía durante la jornada dos artilleros del cuerpo del mariscal Davout, y habiendo vuelto demasiado tarde para asistir á la batalla, sus compañeros se reunieron por la noche en el vivac, los juzgaron, y desestimando sus razones, les impusieron sobre aquel terreno, cubierto de hielo y de sangre, el castigo burlesco que los soldados llaman *de los zapatazos* (la sava-te) (2). Sólo abundaban las municiones, pero no las de boca. El servicio de la artillería, ejecutado con una actividad prodigiosa, había ya repuesto las municiones consumidas. No se hacía con menos celo el servicio de los hospitales ambulantes; habíanse recogido muchos heridos, y administrábanse auxilios locales á los que aún no habían sido transportados. En pie Napoleón, aunque rendido de fatiga, presenciaba todos los socorros que se prodigaban á sus soldados.

No se advertían con todo disposiciones tan enérgicas hacia la retaguardia del ejército. Muchos rezagados, que en el recuento de la mañana habían resultado ausentes de resultas de la rapidez de las marchas, oyendo el rumor de tan espantosa batalla y amedrentados por las correrías de los cosacos, se habían replegado esparciendo por los caminos las noticias más siniestras. Los que eran valientes acudieron á las filas á correr la misma suerte que sus compañeros, y los otros se fueron en varias direcciones que había recorrido el ejército.

El alba del día siguiente alumbró aquel horroroso campo de batalla, y el mismo Napoleón se conmovió,

(2) Tomamos este detalle de las Memorias militares y manuscritas del mariscal Davout. (N. del A.)

El castigo *de los zapatazos* se reduce á dar una carrera de baquetas de fusil, con chanclas ó zapatos viejos, en vez de baquetas. (N. del T.)

(1) Tal es la propia aserción del narrador Ploto. (N. del A.)

sin poderlo ocultar en el Boletín que publicó. En aquella helada llanura, miles de muertos y moribundos cruelmente mutilados, miles de caballos tendidos, un sinnúmero de cañones desmontados, carros rotos, proyectiles diseminados, caseríos entregados á las llamas, *todo destacándose sobre un fondo de nieve* (1), presentaban el cuadro más lastimoso y terrible. «Triste espectáculo, exclamó Napoleón, propio para inspirar á los príncipes el amor á la paz y el horror á la guerra!»—Reflexión bien extraña en sus labios, pero sincera en un momento como aquel.

Ocurrió una particularidad que chocó á todos. Ya fuese por una reacción hacia lo pasado, ya por economía, se había querido dar otra vez á las tropas el uniforme blanco. Hízose el ensayo con varios regimientos, pero el aspecto de la sangre en los nuevos uniformes decidió la cuestión, porque lleno Napoleón de disgusto y de horror, declaró que no consentía más que uniformes azules, por costosos que fuesen.

La vista del campo de batalla abandonado por el enemigo restituyó al ejército la persuasión que tenía de su victoria. Retiráronse los rusos, dejando allí abandonados siete mil muertos y más de cinco mil heridos, que el generoso vencedor se apresuró á recoger después de los suyos. Además de estos doce mil hombres entre muertos y moribundos abandonados en Eylau, se llevaban consigo cerca de quince mil heridos de más ó menos gravedad; por consiguiente, dejaron veintiséis ó veintisiete mil hombres fuera de combate. Hicimosles nosotros tres ó cuatro mil prisioneros, y les cogimos veinticuatro cañones y diez y seis banderas. Su pérdida total ascendía por lo tanto á treinta mil hombres. Por nuestra parte tuvimos diez mil hombres fuera de combate, tres mil muertos y siete mil heridos (2), pérdida

(1) Expresión de Napoleón en uno de sus Boletines

(N. del A.)

(2) Rara vez se consigue comprobar las pérdidas sufridas en una batalla con tanta precisión como puede hacerse con la batalla de Eylau. Para lograrlo me he dedicado al examen más escrupuloso, y el resultado que ofrezco á mis lectores presenta toda la exactitud á que puede llegarse en semejante materia. El inspector de los hospitales registró en su libro aquella misma noche en Eylau 4.500 heridos, y al siguiente día, después de haber recorrido los pueblos circunvecinos, consiguió un número total de 7.094. Su informe se ha conservado hasta el día. Los informes de los diversos cuerpos ofrecen por el contrario un número mucho más considerable, pues según ellos asciende á 13.000 ó 14.000 el de los heridos más ó menos gravemente. La acepción dada por los autores de estos informes, á la palabra heridos, explica satisfactoriamente esta diferencia. Sabido es que los jefes de los cuerpos, propensos naturalmente á abultar los padecimientos de sus soldados, cuentan como heridas hasta las más leves contusiones; pero la mitad de los designados como heridos ni siquiera pensaron en sujetarse á curación, y así lo confirma el parte del director de los hospitales. Además ocurrió un mes después una controversia por escrito, sumamente curiosa, entre Napoleón y Mr. Daru, el cual no contaba más que 6.000 heridos en los hospitales del Vístula. Parecía esto poco exacto á Napoleón, que creía tener muchos más, sobre todo comprendiendo en este número los heridos de la batalla de Eylau y los de los combates que habían precedido á aquella desde la remoción de los acantonamientos. Sin embargo, después de un maduro examen sólo se encontraron 6.000 y algunos centenares, y por lo tocante á la jornada de Eylau menos aún de 6.000, cuyo resultado, haciéndose cargo de las defunciones ocurridas, concuerda perfectamente con el número de 7.094 que apuntó el director de los hospitales. Creemos, pues, proceder con exactitud calculando en 3.000 muertos y 7.000 heridos las pérdidas de la batalla de Eylau. De aquí resulta que al hablar Napoleón en su Boletín de

muy inferior á la del ejército ruso y que se explica por la posición de nuestras tropas dispuestas en línea y por la habilidad de nuestros artilleros y soldados. Cerca de cuarenta mil hombres cayeron pues en aquella fatal jornada al impulso del hierro y del fuego: como si en un solo día hubiera perecido toda la población de una ciudad! Triste consecuencia de las pasiones de los pueblos, pasiones terribles que los gobernantes deben consagrarse á dirigir y moderar sin tratar de sofocarlas completamente!

Desde el día 9 por la mañana hizo avanzar Napoleón sus dragones y coraceros en persecución de los rusos para repelerlos hacia Königsberg y acorralarlos durante el invierno al otro lado del Prézel. El mariscal Ney, que no había tenido mucho que trabajar en la jornada de Eylau, recibió orden de sostener á Murat. Debían seguirle á poca distancia los mariscales Davout y Soult. Napoleón permaneció en Eylau para curar las llagas de su valiente ejército, cuidar de su manutención y ordenarlo todo á sus espaldas; importaba esto más que una persecución, que sus lugartenientes podían ejecutar muy bien sin su asistencia.

A medida que íbamos adelantando, era mayor nuestra convicción sobre el desastre sufrido por los rusos; encontrábamos los pueblos y las aldeas de la Prusia oriental llenos de heridos; todo nos revelaba el desorden, la confusión y la triste situación del ejército fugitivo. Sin embargo, los rusos se envanecían con la diferencia de esta batalla comparada con la de Austerlitz: reconocían su derrota, pero se consolaban diciendo que la victoria había sido costosa á los franceses.

Detúvose el ejército vencedor en las orillas del Frisching, riachuelo que desde la línea de los lagos corre al mar, y Murat llevó sus escuadrones hasta Königsberg. Los rusos, que se habían refugiado apresuradamente los unos al otro lado del Prézel y los otros en esta misma ciudad, aparentaban quererse defender colocando en sus muros una numerosa artillería. Los habitantes aterrados se vaticinaban ya unos á otros la misma suerte que habían sufrido los de Lubeck; pero afortunadamente para ellos había resuelto Napoleón dar fin á sus operaciones ofensivas. Si bien mandó los jinetes de Murat hasta las puertas mismas de Königsberg, no se proponía llevar hasta allí su ejército. Para intentar, con esperanza de éxito, un asalto á viva fuerza contra una gran ciudad como aquella, que además de tener sus fortificaciones estaba defendida por todas las tropas rusas y prusianas que habían quedado en aquella comarca, hubiera necesitado su ejército; y semejante ataque, aunque hubiera salido bien, no merecía exponerse á las contingencias

2.000 muertos y 5.000 ó 6.000 heridos, alteró muy poco la verdad en comparación de los rusos; y aun puede asegurarse que al concluir la batalla no tenía fundamento para suponer pérdidas mayores.

Por lo que hace á las pérdidas de los rusos he adoptado sus propios cálculos y los que aproximadamente hicieron los franceses. Recogimos 7.000 cadáveres, y en los lugares circunvecinos 5.000 heridos. El número de éstos que se llevaron debió ser mucho mayor; el alemán Both dice que llevaron 14.900 heridos á Königsberg, los cuales murieron casi todos de frío. Reconoce este autor por otra parte que dejaron 7.000 muertos y 5.000 heridos en el campo de batalla. Agréguese 3.000 ó 4.000 prisioneros, y resultará una pérdida total incontestable de 30.000 hombres. El mismo general Benningsen, casi siempre inexacto, confesó en su parte una pérdida de 20.000 hombres.

N. del A.

que hubieran podido sobrevenir saliendo la tentativa frustrada. Habiendo llevado Napoleón sus ejércitos hasta las orillas del Frisching, quiso que permaneciesen allí unos cuantos días para que se confirmase su victoria, y después trató de regresar á sus acantonamientos. Es indudable que sólo por haberse interceptado uno de sus despachos, que reveló á los rusos sus designios, no obtuvo el inmenso resultado de que se vanaglorió en un principio, y que de otro modo no se le hubiera seguramente frustrado; pero por lo menos los llevó corriendo cincuenta leguas, les destruyó nueve mil hombres en varios combates de retaguardia, y encontrándolos en Eylau formados en masa compacta, guarnecidos con una formidante artillería, con desesperada resolución, con una fuerza de ochenta mil soldados, contando con los prusianos, y en una llanura donde no era posible ninguna maniobra, los acometió con cincuenta y cuatro mil combatientes, los rompió á cañonazos, y ocurrió á todas las vicisitudes de la jornada con serenidad imperturbable mientras procuraban reunirse sus lugartenientes. Todas las ventajas, aquel día, estuvieron de parte de los rusos, que pudieron hacer libremente alarde de su inmovilidad y firmeza contra las descargas; él, por su parte, careció de sus ventajas peculiares en un terreno como aquél en que las maniobras eran imposibles; pero opuso á la tenacidad del enemigo un valor indomable y una fuerza moral superior á los horrores de la más espantosa carnicería. Sus soldados, en esta jornada, mostraron un espíritu tan enérgico como el suyo. Seguramente podía vanagloriarse de semejante prueba. Por otra parte, por doce ó trece mil hombres que había perdido en aquellos ocho días, había destruído al enemigo treinta y seis mil. Debía, sin embargo, deplorar profundamente á la sazón el poder del clima, del suelo y de las distancias, porque teniendo en Alemania más de trescientos mil hombres, había conseguido reunir sólo cincuenta y cuatro mil en el lugar de la acción decisiva. Después de semejante victoria forzosamente haría muy graves reflexiones, resolviendo para lo sucesivo no despreciar tanto los elementos y la fortuna, é intentar menos empresas contra la invencible naturaleza de las cosas. Estas reflexiones, como veremos en breve, le inspiraron una conducta admirable, llena de previsión y de cálculo: pluguiera al cielo que siempre la hubiera conservado grabadas en la memoria!

Aunque vencedor, y libre por muchos meses de toda tentativa contra sus acantonamientos, tenía sin embargo que temer las mentidas relaciones de los rusos y el efecto que pudieran producir en Austria, Francia, Italia y España, en una palabra, en la Europa entera, que, viendo su marcha dos veces detenida en el espacio de tres meses, ya por los lodos, ya por los hielos, podría creerle menos irresistible y menos fatalmente afortunado, tener por dudosa una victoria la más incontestable y la más cruelmente eficaz, y resolverse por fin á desconocer su estrella.

En esta ocasión resolvió mostrar el mismo carácter que había sabido desplegar durante la jornada de Eylau, y, seguro de su fuerza, esperar á que la Europa mejor informada se penetrase también de ella.

Después de pasar unos cuantos días en el Frisching, viendo que el enemigo no salía de sus líneas, tomó el partido de retroceder para volver á sus acantonamientos.

La temperatura continuaba fría, pero sin bajar de cero más de dos ó tres grados; circunstancia que aprovechó para conducir sus heridos en trineos. Más de seis mil hicieron, sin notable sufrimiento, este viaje singular de cuarenta á cincuenta leguas hasta el Vístula. Entonces pudo averiguarse su verdadero número merced á la gran diligencia con que fueron buscados en todos los pueblos circunvecinos, y resultó conforme con el que dejamos arriba mencionado. Cuando todo quedó despachado, heridos, enfermos y prisioneros, y artillería cogida al enemigo, emprendió Napoleón el 17 de febrero su movimiento retrógrado, marchando el mariscal Ney con el sexto cuerpo, Murat con la caballería formando la retaguardia, y conservando los demás cuerpos su posición acostumbrada en el orden de marcha, es decir, yendo el mariscal Davout á la derecha, el mariscal Soult en el centro, el mariscal Augereau á la izquierda, y formando por último la extrema izquierda á orillas del Frische-Haff el mariscal Bernadotte, que se había reunido por fin con el ejército.

Habiendo subido Napoleón por el Alle hasta cerca de los lagos donde nacen este río y el Passarge, cambió de dirección, y en vez de tomar el camino de Varsovia tomó el de Thorn, Mariemburgo y Elbing, queriendo en lo sucesivo apoyarse en el Vístula inferior. Los últimos acontecimientos habían modificado sus ideas con respecto á la elección de su base de operaciones. He aquí los motivos de este cambio.

La posición que en un principio había adoptado entre los ramales del Ukra, del Narew y del Bug, era una consecuencia de la ocupación de Varsovia. Tenía la ventaja de proteger esta capital, y si el enemigo se dirigía á lo largo del litoral, de poderle más fácilmente adelantar, envolver y acorralar junto al mar, lo que acababa de intentar Napoleón y lo que hubiera seguramente llevado á cabo, á no mediar la interceptación de sus órdenes. Pero descubierta ya esta maniobra, no era probable que los rusos, después de advertidos, se expusiesen á un peligro de que acababan de librarse por una ocurrencia tan casual. Así pues, la posición elegida más allá de Varsovia, no ofrecía ya las mismas ventajas, y si el inconveniente grave de obligar al ejército á dilatarse desmesuradamente para proteger á un mismo tiempo la ciudad de Varsovia y el sitio de Dantzig, sitio que empezaba á ser la operación más urgente á que había que consagrar los ocios del invierno. En efecto, situándose en Varsovia, era indispensable dejar el cuerpo de Bernadotte á gran distancia, con pocas probabilidades de que se reuniese con el grueso del ejército; y si se seguía avanzando, era preciso además dejar el quinto cuerpo que mandaba Lannes para custodiar á Varsovia, y por consiguiente había que operar con dos cuerpos menos. El apartamiento del cuerpo de Bernadotte hubiera sido en lo venidero tanto más sensible, por cuanto sería menester agregarle nuevas fuerzas para acelerar y proteger el sitio de Dantzig.

Tomó pues Napoleón la resolución de alejarse de Varsovia, de confiar la custodia de esta capital al quinto cuerpo, á los polacos y á los bávaros (pues la sumisión de las plazas de la Silesia hacía á estos últimos disponibles), y de establecerse con la mayor parte de sus tropas más allá del Vístula inferior, detrás del Passarge, con Thorn á su derecha, Elbing á su izquierda, Dantzig á la

espalda, su centro en Osterode y sus avanzadas entre el Passarge y el Alle. En esta posición protegía por sí mismo el sitio de Dantzig, sin tener que destacar para este objeto parte alguna de sus fuerzas. En efecto, si los rusos por socorrer á Dantzig querían empeñar batalla, podía oponerles todos sus cuerpos reunidos, comprendido el de Bernadotte, y hasta una parte de las tropas de Lefebvre, que podía, sin que nadie se lo estorbara, llamar á sí en un caso urgente, como lo había hecho en 1796, al levantar el sitio de Mantua para caer sobre los austriacos. Para un día de batalla sólo le faltaba el quinto cuerpo, que de cualquier modo que se operase siempre era indispensable en el Narew para defender á Varsovia. Por otra parte, esta nueva posición daba pie para muy sabias combinaciones, fecundas en grandes resultados é ignoradas por el enemigo, al paso que todas las que podían tener por base á Varsovia le eran conocidas. Acantonado detrás del Passarge, hallábase Napoleón á quince leguas solamente de Königsberg. Si los rusos, atraídos por el aparente abandono en que se dejaba á Varsovia, avanzaban hacia esta capital, Napoleón podía perseguirlos hasta Königsberg, apoderarse de esta ciudad, y después, cayendo sobre sus espaldas con un movimiento hacia la derecha, repelerlos hacia el Narew y el Vístula por los pantanos de la interior, con la misma seguridad de destruirlos que en el otro caso maniobrando hacia la mar. Si por el contrario acometían de frente los acantonamientos sobre el Passarge, además de la resistencia natural de estos cuarteles se les podía oponer, como acabamos de manifestar, la masa entera del ejército. Era, pues, excelente la posición para el sitio de Dantzig y para las operaciones futuras, porque daba margen á formar combinaciones nuevas cuyo secreto no se traslucía.

Era ciertamente instructivo é imponente el espectáculo que ofrecía este general impetuoso, á quien sus destructores sólo suponían apto para la guerra ofensiva, trasladado de un salto del Rhin al Vístula, al detenerse de repente ante los obstáculos de la localidad y de las estaciones, limitándose á un espacio exiguo y haciendo en él una guerra á sangre fría, lenta y metódica, y disputando palmo á palmo el curso de los riachuelos, después de haber atravesado sin detenerse los ríos más caudalosos, reduciéndose finalmente á sostener un sitio, á tanta distancia de su imperio y á la faz de la Europa, que asombrada de este nuevo modo de proceder empezaba ya á mostrarse dudosa, y conservando sin embargo una firmeza inexorable, sin dejarse seducir siquiera por el deseo de conseguir un triunfo ruidoso, y sabiendo aplazar este triunfo para la época en que la naturaleza de las cosas lo hiciese seguro y posible: es, decimos, un espectáculo de interés, de sorpresa y de admiración, y un asunto precioso de estudio y de reflexiones para toda inteligencia sensible á las combinaciones de los grandes hombres y que se complazca en meditarlas.

Situóse, pues, Napoleón entre el Passarge y el Vístula inferior, con el cuerpo del mariscal Bernadotte á la izquierda sobre el Passarge, entre Braunsberg y Spanden; el del mariscal Soult en el centro, entre Liebstadt y Mohrunge; el del mariscal Davout á la derecha, en el punto donde más se aproximan el Alle y el Passarge, es decir, entre Allestein y Hohenstein; el cuerpo del mariscal Ney de vanguardia entre el Passarge y el Alle en

Guttstadt; y el cuartel general y la guardia en Osterode en una posición céntrica, donde podía Napoleón reunir todas sus fuerzas en pocas horas. Llamó al general Oudinot á Osterode con los granaderos y cazadores, formando una reserva de infantería de seis á siete mil hombres, y diseminó la caballería á retaguardia entre Osterode y el Vístula, desde Thorn hasta Elbing, país abundante en forrajes de toda especie.

Al enumerar los cuerpos acantonados detrás del Passarge, no hemos designado el de Augereau, porque Napoleón había decretado que fuese disuelto. Augereau acababa de dejar al ejército apesadumbrado por lo que había acontecido en la jornada de Eylau, imputando sin razón su revés á la envidia de sus compañeros, que suponía que no habían querido socorrerle, alegando que estaba cansado, enfermo y sin fuerzas. Le envió el emperador á Francia con muestras de satisfacción que debían seguramente consolarle; pero temiendo que en el séptimo cuerpo, medio destruido, quedase algún germen del desaliento manifestado por su jefe, decretó su disolución después de haberle premiado pródigamente. Repartió sus regimientos entre los mariscales Davout, Soult y Ney. De los doce mil hombres de que se componía el séptimo cuerpo, sólo siete mil se hallaron en Eylau, y de este número tres partes quedaron fuera de combate. Los restantes, unidos á los que habían quedado rezagados, debían suministrar un refuerzo de siete á ocho mil hombres á los diversos cuerpos del ejército.

Situó Napoleón el quinto cuerpo en el Omulew, á cierta distancia de Varsovia. Continuando Lannes enfermo, había mandado á llamar con sentimiento de sacarlo de Italia, pero con gran deseo de tenerlo á su lado en Polonia, al más ilustre de sus generales, al glorioso Massena, que no estaba muy de acuerdo con José en Nápoles, dándole el mando del quinto cuerpo. Como iban adelantando los sitios de las plazas de la Silesia, merced á la energía y al ingenio del general Vandamme, tomada ya la de Schweidnitz y faltando sólo tomar la de Neisse y la de Glatz, se aprovechó de esta circunstancia Napoleón para llevar al Vístula la división bávara de Deroy, que se componía de unos seis ó siete mil hombres de muy buenas tropas, la cual fué acantonada en Pultusk entre la posición del quinto cuerpo sobre el Omulew y la ciudad de Varsovia. Los batallones polacos de Kalisch y de Posen habían sido enviados á Dantzig, y reunió Napoleón los de Varsovia, organizados por el príncipe Poniatowski en Neidemburgo, para mantener en comunicación el cuartel general y las tropas acampadas en el Omulew; estaban estos batallones á las órdenes del general Zayonscheck. Pidió además que se organizase un cuerpo de caballería de mil á dos mil polacos para perseguir á los cosacos. Estas diversas tropas polacas, destinadas á unir la posición del grande ejército sobre el Passarge con la de Massena sobre el Narew, no eran ciertamente capaces de detener á un ejército ruso que tomase la ofensiva, pero bastaban para impedir que los cosacos penetrasen por Osterode y Varsovia y para ejercer en aquél dilatado espacio una activa vigilancia. Reconcentrado de este modo detrás del Passarge y más allá del Vístula inferior, protegiendo desde una posición inaccesible el sitio de Dantzig que iba á empezar ya, y pudiendo con un amago sobre Königsberg paralizar todo movimiento ofensivo sobre Varsovia,

se hallaba Napoleón en una situación tal que nada tenía que temer; habiéndose agregado los que habían quedado rezagados y el cuerpo de Bernadotte reforzado con los granaderos y cazadores de Oudinot, podía, en cuarenta y ocho horas, reunir ochenta mil hombres en cualquier punto del Passarge. Esta situación era muy imponente, sobre todo si se la compara con la de los rusos, que ya no podían poner ni cincuenta mil hombres en línea. Pero como ya hemos observado en otra ocasión, es cosa verdaderamente admirable que un ejército de más de trescientos mil hombres extendidos desde el Rhin hasta el Vístula y administrado con una habilidad que no igualó jamás capitán alguno, no pudiese suministrar más de ochenta mil combatientes en un mismo campo de batalla.

Sin embargo, había de ochenta á noventa mil hombres capaces de obrar de una manera ofensiva entre el Vístula y el Passarge; veinticuatro mil en el Narew desde Ostrolenka á Varsovia, comprendidos los polacos y los bávaros; veintidós mil al mando de Lefebvre sobre Dantzig y Colberg; veintiocho mil á las órdenes de Mortier entre italianos y franceses, diseminados desde Bremen y Hamburgo hasta Stralsund y Stettin; quince mil en la Silesia entre bávaros y wurtembergueses, treinta mil en las plazas desde Posen hasta Erfurt y Maguncia, de siete á ocho mil empleados en los parques, quince mil heridos en los diversos combates, sesenta y tantos mil entre enfermos y merodeadores, y por último, unos treinta ó cuarenta mil reclutas en marcha: todo lo cual hacía ascender á unos trescientos treinta mil hombres el grande ejército, doscientos setenta mil franceses, y unos setenta mil auxiliares entre italianos, holandeses, alemanes y polacos.

Lo que parecerá sin duda singular es el número enorme de sesenta mil enfermos y merodeadores, número verdaderamente muy aproximativo (1) y difícil de fijar, pero digno de la atención de los estadistas que estudian los secretos resortes del poder de las naciones. De estos sesenta mil ausentes, calificados de enfermos, apenas había una mitad en los hospitales; todos los demás iban merodeando. Dijimos ya que habían faltado en la batalla de Eylau muchos soldados en las filas, de resultas de la rapidez de las marchas, y que al esparcirse las impresiones producidas por esta terrible batalla, los cobardes y apocados se habían dispersado á todo correr propalando que los franceses habían sido batidos. Desde entonces se agregaron á éstos otros muchos, que so pretexto de estar enfermos ó heridos, pedían pasar á los hospitales, aunque se guardaban bien de entrar en ellos por la sujeción y vigilancia que allí reinaba. Habían pasado el Vístula, vivían en los pueblos á derecha é izquierda de la carretera, evitando las pesquisas que mantenían el orden en todas las partes del ejército, y de este modo subsistían á costa del país, con el cual no usaban contemplaciones, los unos como verdaderos cobardes que nunca faltan en las filas del ejército más heroico, los otros, aunque valientes, propensos al robo por naturaleza, aficionados á la licencia y al desorden y dispuestos siempre á volver á sus cuerpos así que sabían que iban á renovarse las operaciones. Advertido Napoleón

(1) Nunca pudo el emperador determinarlos con exactitud por la movilidad continua de la fuerza efectiva de los cuerpos.

de esta circunstancia por la diferencia que resultaba entre el número de los dados de baja para trasladarse á los hospitales y las altas que constaban en ellos según los registros de Mr. Daru, se dedicó seriamente á remediar este abuso, y para reprimirlo se valió de la policía de las autoridades polacas, y después de la gendarmería escogida, agregada á su guardia como única tropa suficientemente respetada para imponer la obediencia. Sin embargo, nunca se pudo extirpar completamente en la línea de operaciones esta lepra que acompañaba á todos los grandes ejércitos. Nótese que el ejército de que aquí se trata era el del campamento de Bolonia, es decir, el más fuerte, el más disciplinado y el más valiente que hubo nunca. En la campaña de Austerlitz apenas hubo merodeadores, pero relajados los lazos de la disciplina con la rapidez de los movimientos, las distancias, el clima, la estación, y por último, el mismo encarnizamiento de los combates, no podía menos de empezar á pulular este triste engendro de la miseria de todo cuerpo grande. Con su inmensa previsión y con las victorias que alcanzó en breve, logró Napoleón por esta vez atajar el daño; pero como las derrotas pueden en muy pocos días hacer degenerar este mal en una verdadera disolución de los ejércitos, ya en los mismos triunfos de esta gloriosa y terrible campaña de 1807 se advertían muchos de los síntomas de la otra de 1812 para siempre fatal y memorable.

A nuestro regreso á los acantonamientos acompañaron varios amagos de parte de los rusos. Sus filas habían disminuído considerablemente; apenas les quedaban cincuenta mil hombres capaces de maniobrar; sin embargo, el general Benningsen, muy jactancioso por no haber perdido en Eylau hasta su último hombre y reputándose vencedor según su costumbre, trató de dar cierta apariencia de verdad á sus baladronadas, y con esta intención salió de Königsberg así que supo que el ejército francés se retiraba sobre el Passarge. Desplegó numerosas columnas á lo largo de este río y principalmente en su corriente superior, hacia Guttstadt, enfrente de la posición del mariscal Ney; pero su cálculo salió fallido, porque este intrépido mariscal, que se había visto privado del honor de batirse en Eylau y que estaba impaciente por desquitarse, cerró vigorosamente con los cuerpos que se le presentaron y les causó una pérdida considerable. Al mismo tiempo, queriendo el mariscal Bernadotte establecer su cuerpo en el Passarge inferior, y viéndose precisado á ocupar á Braunsberg, se apoderó de esta ciudad é hizo en ella prisioneros dos mil prusianos. La gloria de esta expedición perteneció á la división de Dupont. Los rusos, sin embargo, continuaron revueltos y con intentos, al parecer, de encaminarse al Passarge superior, y Napoleón, á principios de marzo, tomó la resolución de hacer un amago ofensivo por la corriente inferior del mismo río, con objeto de inspirar al general Benningsen recelos por la seguridad de Königsberg. Pesábale á Napoleón emprender este movimiento, porque con él iba á revelar á los rusos el peligro que corrían subiendo por nuestra derecha para amenazar á Varsovia. Penetrado de que toda maniobra descubierta equivale á perder una ventaja, hubiera preferido ó bien el dejar de operar absolutamente, ó bien el hacerlo de un modo decisivo marchando sobre Königsberg con todas sus fuerzas; pero por una parte era me-